

No dejes apagar el fuego del altar¹

Pr. Yeury Ferreira

Texto base:	Levítico 6:12–13
Idea central:	Dios demanda una continua vida de adoración y devoción.
Área:	Desafío profético
Propósito:	Desafiar a los oyentes a eliminar todo aquello que apague el fuego de la devoción espiritual.
Diseño:	Expositivo
Lógica:	Inductiva

INTRODUCCIÓN

Cuenta la historia de un hombre a quien se le confió una responsabilidad sagrada: cuidar un faro y asegurarse de que su luz nunca se apagara. De aquella luz dependía la seguridad de los barcos que navegaban en la oscuridad y la tranquilidad de todo un pueblo. Su tarea no era secundaria ni opcional; debía mantener el faro encendido por encima de cualquier otra necesidad.

Un día llegó una madre desesperada que no tenía aceite para encender su estufa y alimentar a sus hijos. Movido por la compasión, el cuidador tomó un poco del aceite del faro y se lo dio. Días después, una anciana llegó temblando de frío, suplicando aceite para encender la chimenea de su casa, y nuevamente él cedió. En otra ocasión, un padre de familia pidió aceite para alumbrar su hogar durante la noche, y el cuidador volvió a compartir de la reserva. Así, todo el que necesitaba aceite encontraba en él una respuesta generosa.

Pero una noche se desató una feroz tormenta. En medio de la oscuridad, la luz del faro comenzó a apagarse. Cuando el cuidador fue a buscar más aceite, descubrió con horror que la reserva estaba vacía. El faro se apagó por completo y varios barcos naufragaron, causando la muerte de muchas personas. El cuidador

¹ Este sermón se ofrece como un recurso para apoyar la predicación y la edificación de la iglesia. Puede ser utilizado libremente para fines homiléticos y ministeriales. No está autorizado su uso para publicación impresa o digital en libros, compilaciones u otros formatos editoriales sin el debido permiso del autor.

fue condenado, no por su bondad, sino por haber olvidado su responsabilidad principal: mantener la luz encendida. Una responsabilidad muy similar tenían los sacerdotes en el Antiguo Testamento: debían mantener encendido el fuego del altar delante del Señor.

I. EXPLICACIÓN DEL TEXTO: EL FUEGO EN EL ALTAR

El altar de los holocaustos era el primer mueble que se encontraba al entrar al santuario (Éxodo 27:1–7). Nadie podía avanzar en la adoración sin pasar primero por él. Allí se ofrecían los sacrificios diarios, uno por la mañana y otro por la tarde, conforme al mandato divino (Éxodo 29:38–39; Números 28:3–4). Estos sacrificios recordaban continuamente al pueblo su condición pecaminosa y su necesidad constante del perdón de Dios.

Este altar apuntaba proféticamente a la cruz de Cristo. El Nuevo Testamento declara que Cristo se ofreció una sola vez para siempre como sacrificio perfecto por nuestros pecados (Hebreos 9:26–28). Como primer mueble del santuario, el altar enseñaba que toda relación con Dios comienza con el sacrificio del Cordero. Su forma cuadrada hablaba de la universalidad del amor de Dios por el mundo (Juan 3:16). Sus cuernos, símbolos bíblicos de poder, señalan la eficacia de la sangre de Cristo, que nos limpia de todo pecado (1 Juan 1:7). Sus dimensiones nos recuerdan que toda doctrina cristiana debe nacer y centrarse en la persona y obra de Jesús (1 Corintios 2:2).

En Levítico 6, Dios enfatiza tres veces que el fuego debía mantenerse encendido continuamente y no apagarse (Levítico 6:9, 12, 13). La repetición subraya la importancia del mandato. El fuego no era opcional ni decorativo; era esencial para la adoración y la vida espiritual de Israel.

II. INTERPRETACIÓN DEL TEXTO: UNA DEVOCIÓN QUE NO SE INTERRUMPE

El fuego del altar simbolizaba, en primer lugar, la presencia constante de Dios entre su pueblo. Fue Dios mismo quien encendió el fuego cuando aceptó el

sacrificio (Levítico 9:24). Esto enseña que la adoración genuina no nace del esfuerzo humano, sino de la iniciativa divina (Juan 4:23–24).

Sin embargo, aunque Dios encendió el fuego, los sacerdotes debían mantenerlo. Dios proveía la presencia; el ser humano debía cuidar la comunión. Aquí se revela un principio espiritual permanente: la relación con Dios requiere constancia. Así como el fuego no debía apagarse ni de día ni de noche, la devoción no puede limitarse a momentos ocasionales. La Escritura exhorta a buscar al Señor continuamente (Salmo 105:4) y a permanecer en Él (Juan 15:4–5).

El fuego espiritual rara vez se apaga de golpe; se apaga gradualmente cuando se descuida lo esencial. Sansón “no sabía que Jehová ya se había apartado de él” (Jueces 16:20), porque el deterioro espiritual suele ser silencioso. Una fe descuidada pierde fuerza, dirección y luz.

III. ILUSTRACIÓN DEL TEXTO: REALIDADES QUE NO PUEDEN DETENERSE

El sol permanece encendido constantemente. Dios lo colocó como lumbre mayor para sustentar la vida sobre la tierra (Génesis 1:16–18). Si el sol se apagara, la vida desaparecería. De manera similar, el corazón humano debe latir sin interrupción para sostener la vida (Job 12:10).

Estas realidades nos enseñan que la vida depende de procesos continuos. De igual manera, la vida espiritual no puede sostenerse con una devoción esporádica. Jesús enseñó que el discípulo debe permanecer unido a Él como el pámpano a la vid, porque separado de Él nada puede hacer (Juan 15:5). Un fuego que no se cuida termina apagándose.

IV. APLICACIÓN DEL TEXTO: LA INTERCESIÓN CONTINUA DE CRISTO Y LA DEVOCIÓN CONSTANTE DEL CREYENTE

El fuego continuo del altar señala, en última instancia, al ministerio permanente de Cristo como nuestro gran Sumo Sacerdote. La Escritura declara que Jesús “vive siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25) y que es sacerdote para siempre

según el orden de Melquisedec (Hebreos 5:6). Nuestra esperanza descansa en la fidelidad constante de Cristo, no en la nuestra.

No obstante, la Biblia también nos llama a una respuesta activa: “No apaguéis al Espíritu” (1 Tesalonicenses 5:19). Mantener encendido el fuego de la devoción implica practicar de manera continua aquellas disciplinas que la Escritura presenta como esenciales. La lectura constante de la Palabra nos alumbría el camino (Salmo 119:105). La oración perseverante fortalece la comunión con Dios (1 Tesalonicenses 5:17). La alabanza continua glorifica a Dios en todo tiempo (Salmo 34:1). La comunión con los hermanos nos exhorta y edifica (Hebreos 10:24–25). La confesión diaria mantiene limpio el altar del corazón (1 Juan 1:9).

El fuego se apaga cuando descuidamos estas prácticas. Una Biblia cerrada, una oración superficial, una adoración rutinaria o un pecado tolerado terminan debilitando la devoción. La Escritura advierte: “Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad” (Hebreos 3:12).

CONCLUSIÓN

Dios sigue buscando creyentes que comprendan que su mayor responsabilidad espiritual es mantener encendido el fuego del altar. Hoy el Señor nos llama a examinar nuestra vida y a revisar la reserva de nuestro aceite espiritual, como exhorta el apóstol Pablo: “Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe” (2 Corintios 13:5).

No dejes apagar el fuego del altar. Porque cuando el fuego se apaga, la adoración se enfriá, la fe se debilita y el testimonio se oscurece (Apocalipsis 2:4–5). Pero cuando el fuego arde continuamente, la presencia de Dios se manifiesta, la vida se transforma y la luz vuelve a guiar a otros en medio de la oscuridad (Isaías 60:1).